

Los jóvenes: entre el individualismo y la apertura al otro

Vivimos en una época difícil. Atravesamos por lo que Bauman llama la sociedad de consumo en la modernidad líquida, una época en la que lo que cuenta es sobre todo el disfrute personal y la acumulación, en la que se le rinde culto al individuo y lo privado, en la que los vínculos humanos son pasajeros y precarios, y las



relaciones sociales parecen haberse desintegrado, hasta el punto en que las persona no se responsabilizan ya por los demás, sino solamente por sí mismas. Los jóvenes deben lidiar con este tipo de sociedad, porque los atributos que antes mencionamos son propios del capitalismo en su versión neoliberal, sistema económico que impera en la actualidad y que fomenta la inmediatez y el máximo interés individual por sobre lo colectivo, un sistema de creencias, relaciones sociales e instituciones que fomentan valores y prácticas asociadas con tomar mayores recursos para uno mismo y menos para otras personas, otras especies y las generaciones futuras.

¿Cuáles son las tareas de vida que un joven debe afrontar en una sociedad así, en la que lo importante es consumir y disfrutar? ¿Cómo se desarrolla una persona en un mundo como este?, ¿cómo se desarrolla, finalmente, una buena persona?

Una idea difundida es que el desarrollo de las personas, y especialmente el desarrollo de sus capacidades morales, es un proceso de internalización de las normas culturales y/o parentales externas. Por ejemplo, Freud plantea que los individuos se convierten en seres morales y sociales en virtud de la

transformación paulatina de la coerción externa en coerción interna, por acción de la instancia psíquica llamada “Súper Yo”. Otro grupo de teorías, a las que muy genéricamente podemos llamar “sociales”, entienden la adquisición de la moral como un medio de inserción de los individuos en la sociedad, sea por mecanismos biológicos de adaptación o por procesos de socialización, identificación o condicionamiento. Bajo este punto de vista la moral no depende tanto de la conciencia individual como de la presión social externa que reciben las personas.

Sin embargo, si seguimos cualquiera de estas perspectivas, las personas estarían condenadas a ser seres egoístas, dado que el contexto en el que viven fomenta el individualismo más extremo y desalienta los lazos comunitarios. La presión por consumir nos haría a todos consumidores, así como la presión por ser “exitosos” de manera individual nos desvincularía a todos de nuestros lazos sociales. Felizmente esto no es así.

Hay otra manera de entender el desarrollo humano en general, y el desarrollo la moral en particular, que lejos de asumir algún tipo de determinismo propone que los seres humanos vamos creciendo gradualmente en nuestra comprensión de lo justo y lo bueno, a medida que tenemos oportunidades de sopesar nuestras valoraciones, contrastarlas con las de otros, analizar sus razones y sus consecuencias no solo para nosotros mismos sino para los demás, y ponernos en el lugar de otras personas para ver el mundo desde sus particularidades y contextos. Como se ve, esta es una tarea que debe asumirse de manera explícita y dirigida, porque no ocurrirá por sí sola.

Es importante que se les anime [a niños y jóvenes] a ponerse en el lugar del otro, que preste atención a los sentimientos de los demás e imagine cómo se sentiría en su lugar. Es crucial que se les ayude a tomar conciencia del impacto de sus actos en los sentimientos de las otras personas y en los suyos propios...

La educación, tanto la formal como la que ocurre en contextos no formales, es el espacio de desarrollo humano más importante. A través de ella las personas construyen su conocimiento y su conciencia del mundo, desarrollan sus más altas capacidades, tanto cognitivas como afectivas, y construyen su identidad. Sin embargo, por razones históricas, económicas, políticas y sociales diversas y complejas, esta tarea formativa fundamental tiene vacíos y fracturas que le impiden cumplir sus metas a cabalidad. En un mundo que exige inmediatez, y que deja poco espacio para la reflexión y el análisis de la propia vida, resulta hoy más importante que nunca ayudar a los jóvenes a pensar en el largo plazo, a entender

nuestra sociedad, y a construir metas de vida valiosas, que vayan más allá de las gratificaciones individuales de corto plazo. Esto es lo que, en términos psicológicos, se conoce como sentido de propósito, una intención estable y generalizada de alcanzar metas significativas para uno mismo, pero a la vez, importantes para el mundo, más allá de uno mismo.

El sentido de propósito puede cultivarse, los padres pueden hacer mucho para ayudar a sus hijos a cuestionar las presiones de la sociedad actual y a lidiar creativamente con ellas. Ante la incertidumbre y el temor por el futuro, y debido a la presión por tener y consumir de la que son víctimas, a menudo las personas se sienten inclinadas a darse gratificaciones inmediatas, especialmente cuando atraviesan por períodos de angustia o de estrés. Además, experimentan gran frustración cuando no pueden hacerlo, porque en la época en la que vivimos la identidad de muchas personas se ha formado a través de sus posesiones. No consumir, para muchos, es igual a no existir.

Fortalecer el buen desarrollo de los niños y jóvenes, en un contexto como este, resulta más importante que nunca. Los adultos no podemos darles directamente un propósito de vida a los jóvenes, porque cada persona debe encontrar y construir el propio, pero sí podemos enseñarles qué significa tener una vida con propósito. Además de las connotaciones morales involucradas en la búsqueda del bienestar y la justicia para todos, la psicología ha demostrado que tener sentido de propósito les hace bien a las personas ya que, cuando lo tienen, estas viven más y lo hacen de manera más feliz y saludable. Como afirma William Damon, el sentido de propósito es crítico porque está ligado a la dedicación, la fortaleza y a la energía motivacional; este proviene de creer que el mundo necesita ser mejor, y que uno, como persona, puede contribuir a esa mejora.



En la sociedad actual, consumista e individualista, es muy importante que los padres sepan acompañar a sus hijos, desde pequeños, con una relación afectiva y cercana, lo que les ayudará a enfrentarse a las presiones cotidianas.

Es cierto que, dadas las características de las sociedades de hoy, encontrar un propósito de vida resulta mucho más difícil para las generaciones actuales que para las de antes. Pero precisamente por eso, los padres, madres y docentes deben dirigir sus acciones de acompañamiento al desarrollo de los niños y jóvenes de manera mucho más estratégica y explícita. Una primera tarea es enseñar a los niños y jóvenes a analizar críticamente los procesos sociales, ayudándolos a identificar sus causas y consecuencias, pero también a reconocer los principios que los sustentan, o que deberían sustentarlos. Es importante que se les anime también a ponerse en el lugar del otro, haciendo por ejemplo que el niño preste atención a los sentimientos de los demás e imagine cómo se sentiría en su lugar. Es crucial que se les ayude a tomar conciencia del impacto de sus actos en los

sentimientos de las otras personas y en los suyos propios, y a entender las razones que hacen que las personas piensen y sientan de una determinada manera.

Ahora, es importante señalar que este proceso de acompañamiento debe ocurrir en determinadas condiciones afectivas. En primer lugar, los componentes afectivos de la interacción entre padres e hijos (amabilidad y calidez en el trato, etc.) incrementan la probabilidad de que los niños escuchen los mensajes parentales. En segundo lugar, y no menos importante, las reacciones afectivas parentales frente a una trasgresión, junto con el razonamiento acerca de ella, sirven de guía y facilitan la comprensión de las reglas morales y sociales por parte de los niños y jóvenes. Hay que recordar que existen niveles óptimos de expresión afectiva; demasiada ira es contraproducente, pues produce emociones defensivas orientadas hacia uno mismo (ansiedad, etc.) y, por lo tanto, disminuye la capacidad de los niños y jóvenes de enfocarse en los sentimientos y las experiencias de los demás.

La sociedad actual está desvinculada de la ética, privilegia los intereses económicos por sobre otras valoraciones, rompe los lazos comunitarios y desalienta la autonomía de las personas. En este contexto, la educación que demos a los niños y jóvenes necesita ser transformadora y no funcional al sistema. Fomentar el pensamiento crítico sobre la sociedad en la que se vive, así como promover la toma de conciencia sobre la subjetividad de los demás, son tareas necesarias y urgentes sin las cuales no hay desarrollo humano saludable que sea posible.

Otoño 2019

Susana Frisancho

Profesora Principal del Departamento de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Coordinadora Grupo de Investigación en Cognición, Aprendizaje y Desarrollo.

Entre la desilusión y la esperanza

La imagen que hoy hay de la política, y los políticos en general, es sumamente negativa. Solo un aproximado del 10% de la población dice sentirse representado por algún partido o personaje de la política, y los niveles de aprobación de instituciones como el



Congreso o el Poder Judicial están entre los porcentajes más bajos que se han registrado.

Esta percepción, que tiene un indudable peso real en la relación del ciudadano con la política, no solo está vinculada a temas de ineficiencia o falta de propuestas legislativas. Para el peruano promedio la política se asocia al Congreso, y este último se termina vinculando a la gestión de intereses personales antes que de asuntos de interés público. Esta situación se ha visto empeorada en los últimos tiempos con las denuncias de corrupción vinculadas a todos los presidentes desde la vuelta a la democracia luego de la dictadura militar de Velasco.

Fuera del segundo gobierno de Belaúnde, que en la memoria ciudadana se vincula poco o nada a temas de corrupción, se tiene que la imagen del primer y segundo gobierno de García, los dos mandatos de Fujimori, Toledo, Humala, y ahora el depuesto PPK, se vinculan a sospechas y denuncias diversas de corrupción. Algo semejante ocurre con los últimos alcaldes de Lima (Castañeda y Villarán), así como con muchos de los que han sido o son a la fecha gobernadores regionales (algunos de ellos fugados y con orden de captura).

Todo esto ha generado en la población no solo un sentimiento de rechazo

(alrededor de un tercio de la población), sino de distancia y desafecto (casi la mitad de la ciudadanía). La gran mayoría de peruanos ni siquiera se molesta ya. Tal es la frustración que, en su cotidianidad, han decidido prestar atención a otros temas y dejar de seguir la política, salvo en casos extremos. Lamentablemente, esto último ha ocurrido con las denuncias sobre el comportamiento de los jueces, el escándalo llamado “Lava Juez”, que no ha hecho más que profundizar la desconfianza y desafecto hacia la política y las instituciones de la democracia.

Todo esto es sumamente dañino para la política, pero también abre una oportunidad. Es dañino porque el desprestigio es tal que lleva a que cerca de tres cuartas partes de la población, especialmente en lo que es lucha contra la corrupción y la delincuencia, apoye lo que cotidianamente se denomina políticas de “mano dura”.

Es cierto que, cuando se profundiza en lo que entiende la gente por estos términos, se menciona “la aplicación de la ley”, “que se haga justicia”. Dicho de otra manera, por “mano dura” la gente entiende firmeza en la aplicación de la ley para todos, que es como se suele entender qué significa la democracia. Tenemos así que, aunque suene sumamente paradójico, la gente percibe que para que la democracia se haga presente (la igualdad de la ley para todos), una “mano dura” es necesaria. El riesgo, como es evidente, es que esta demanda de firmeza, que se suele hacer a una persona antes que a una institución, termine llevando a la arbitrariedad, al abuso y, muchas veces, al uso indebido del poder y la corrupción consecuente. No importa que el gobierno se presente como de derecha, de izquierda o independiente.

Esa ha sido la historia del país desde los 90, en que la esperanza de cambio se derivó de los partidos hacia los líderes o movimientos independientes (Belmont, luego Fujimori, las diversas organizaciones que en las regiones han desplazado a los partidos políticos). La resultante ha sido una profundización en la frustración y un desgaste de la democracia que se refleja en indicadores como los que tiene el Barómetro de las Américas donde el estudio del 2017 indicó que un 63% de los peruanos se ubican en actitudes que el estudio tipifica como de democracia en riesgo (40%) o inestable (23%)[\[1\]](#). Esto lleva a que la llamada percepción de eficacia política externa (la percepción de que los políticos se preocupan de los temas ciudadanos) sea muy baja.

En los estudios que hemos realizado hay una clara relación entre esta actitud política y el bajo interés por los asuntos públicos. Esto quiere decir que la percepción de falta de interés de los políticos por la gente lleva a que los ciudadanos respondan con la misma moneda: la falta de interés de los ciudadanos por lo que ocurre con los políticos o la política. Se genera un clima de anomia que poco ayuda. Sin embargo, toda esta situación de desesperanza no está del todo generalizada.

Hay sectores ciudadanos que, a pesar de los sentimientos descritos, declaran que si encontrasen algún tipo de líder político o institución que muestre mayor apertura o talante democrático, sí estarían interesados en apoyar. Es cierto que estas mismas personas, de no ver alternativas, pueden apoyar estilos autoritarios, pero hay quienes todavía mantienen la esperanza, dependiendo de la oferta existente. A nuestro entender, esto es lo que ha ocurrido en Lima en la reciente elección municipal.



La inesperada elección de Jorge Muñoz en el sillón Municipal es el reflejo del desinterés político de la población en las primeras semanas de la campaña electoral y la búsqueda de una alternativa diferente.

Durante buena parte de la campaña los candidatos punteros en las encuestas eran tres personas (Reggiardo, Urresti y Belmont) que tenían sobre todo presencia mediática y un estilo o discurso donde se priorizaba algún aspecto de lo que se puede entender como “mano dura”. Reggiardo planteaba que era

necesaria la presencia del ejército para poner orden en la ciudad de Lima, Urresti aseguraba que su experiencia en el Ministerio del Interior era fundamental para ser un buen alcalde y Belmont consideró que criticar a los migrantes venezolanos (en tanto amenaza laboral para los limeños) era una forma de mostrar firmeza y voluntad de orden. Como se sabe, hasta aproximadamente unas dos semanas antes de la elección, el candidato Muñoz estaba alrededor de un 4% de intención de voto.

Toda esta situación fue reflejo de lo antes descrito: una población desconectada de la política, en este caso de la campaña electoral, que ante las encuestas de intención de voto lo más probable es que respondía más en función a la memoria de nombres que les sonaban que a una preferencia electoral específica. El desinterés político mostrando sus frutos. Al acercarse la fecha de la elección el interés aumentó y este coincidió con un primer debate donde impactó no solo la ausencia de Reggiardo (que debido a esta decisión terminó simbolizando al “político ausente” que la gente tiene en su mente), sino que permitió que el mensaje y estilo de Muñoz, distante del modo “mano dura”, llegara a diversos sectores de la población. Es cierto que hay otros factores que influyeron en el voto (la viralización en redes sociales, su asociación con personajes “populares” y otros), pero lo cierto es que su estilo y discurso terminó conectando con ese sector de la población que anda en búsqueda de una alternativa política más inclusiva o, en todo caso, menos populista.

Algo semejante pasó en el 2014, donde un 50% dijo, desde el comienzo de la campaña municipal en Lima, que votaría por Castañeda (y así fue) mientras que la otra mitad de Lima no definía su voto. Fue recién en la última semana, luego del debate municipal, que un sector del electorado depositó sus expectativas en Cornejo, que pasó de un 3% de intención de voto a cerca de 17% en la preferencia limeña. No le alcanzó, pero puso de manifiesto la sed de algo.

En esta última elección, Muñoz terminó siendo el depositario de una expectativa más que el vencedor que ha convencido y captado un electorado. Casi podríamos decir que más que un alcalde es una suerte de emergente grupal que expresa la necesidad de alternativas que generen la expectativa de una buena gestión que se aleje de la imagen de corrupción que impera asociada a la política. Lo mismo ocurre con el repunte en las encuestas del presidente Vizcarra. Su popularidad comenzó a remontar cuando decidió liderar una propuesta de reforma judicial y política que en el fondo la población la entiende como una lucha contra la

corrupción presente en el sistema judicial y político. No hay otra forma de interpretar el apoyo a la reforma del CNM, la regulación del financiamiento a los partidos políticos, así como los cambios propuestos con relación al Congreso.

El presidente, a través de la propuesta de referéndum, le dice al ciudadano que se queja de no ser escuchado, que sí puede opinar directamente sobre qué se debe hacer con dos instituciones sumamente cuestionadas. Que la ciudadanía recupere lo que podríamos llamar un sentimiento de autoestima política, la capacidad de influir en las decisiones políticas, puede ser criticado por algunos como populista, pero tiene la virtud de avivar las cenizas del interés por lo público.

Una sociedad civil activa y preocupada por el bien común es fundamental para el control y el recambio político. Una sociedad civil más articulada y empoderada, se interesa más por la política y, es de esperar, escoge mejor a sus representantes. No todo está perdido.

[\[1\]](#) CARRIÓN, J.F, F. BOIDI, E. ZECHMEISTER. *Cultura Política de la Democracia en Perú y las Américas, 2016/2017*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.

Verano 2018-2019

Hernán Chaparro Melo

Jefe del área Estudios de opinión del Instituto de Estudios Peruano (IEP)

Efectos de la migración venezolana



Sin lugar a dudas la migración venezolana ha generado todo tipo de comentarios, algunos a favor y otros en contra; lo que tienen en común la mayoría de ellos es la ausencia de datos que los respalden. Seamos concretos: el problema que muchos aducen es que le quita el trabajo a un peruano. ¿Qué tan cierto es? Este

artículo tiene como objetivo realizar un análisis lo más neutro posible con la información disponible.

En primer lugar, la población económicamente activa (PEA) en el Perú está compuesta por cerca de 17 millones de personas. De ellas, cerca del 45% está subempleada, 6% desempleada y 49% tiene empleos adecuados. El subempleo tiene dos acepciones, pero la mayoría de subempleados son aquellos que tienen un empleo, pero el ingreso que obtienen no les permite satisfacer un conjunto de necesidades establecidas en una canasta de referencia. Perú tiene un problema de bajos ingresos asociados a los empleos existentes; y ello, es consecuencia de la baja productividad de aquellos empleos.

En segundo lugar, y hasta la fecha, el número de venezolanos que ha ingresado al Perú bordea los 400,000. De ese total, solo 6 mil, es decir, el 0.2% de la PEA, ha logrado un empleo formal, por lo que el efecto sobre el sector formal es casi nulo.

En tercer lugar, del resto (394 mil), más del 70% se encuentra en el sector informal y, de ellos, la gran mayoría se ha creado su propio empleo, sea vendiendo alimentos o cualquier actividad similar; está claro que este grupo no ha desplazado a ningún peruano en su trabajo. El 30% restante no encuentra empleo, ubicándose en la categoría de desempleado.

En cuarto lugar, el 50% de los migrantes tiene estudios universitarios, por lo que a largo plazo mejorará el nivel de capacitación de la fuerza laboral, sin que el Perú haya invertido un sol en su capacitación.

En quinto lugar, los 400 mil tienen que vivir y para ello tienen que gastar, cada uno de acuerdo con sus posibilidades. El gasto de uno es ingreso de otro. Si un

migrante gasta 10 soles en comprar alimentos, pues ello significa ingreso para las empresas que venden alimentos, y así sucesivamente. La mayor demanda incentiva la producción de bienes y servicios que compra la población migrante. Las remesas todavía son enviadas solo por el 30% de los venezolanos, pues el resto recién se está estableciendo.

En sexto lugar, la mayoría de venezolanos se encuentra en los sectores comercio y servicios, y son parte del sector informal.

Note el lector que ninguno de estos argumentos se refiere a lo más importante: es una crisis humanitaria, en la que los venezolanos huyen debido a la fenomenal crisis económica y social de su país; de otro modo no hubieran venido. La escasez de alimentos, medicinas y la desaparición de las libertades civiles generan una combinación en la que solo queda huir.

Esto no quita que haya ciertos efectos negativos que, aunque menores, generan toda una ola de opinión contraria. Parece que nos olvidamos que existen más de 3 millones de peruanos fuera que salieron por razones más o menos parecidas. Lo que impacta es el poco tiempo (más o menos 6 meses) en que se ha producido el ingreso de venezolanos. Sin embargo, los comentarios, sin datos, no tienen ningún respaldo más allá de la evidencia anecdótica.

Aun así, ¿qué se puede hacer? Una opción es ubicarlos en aquellas zonas del país que requieran personas con la preparación que tienen. Nos faltan profesores y médicos en lugares alejados; si orientamos ahí a los migrantes, todos ganamos, pues un buen profesional encuentra un empleo adecuado que beneficia a las poblaciones locales.



Verano 2018-2019

Carlos Parodi Trece

Profesor - Investigador de la Universidad del Pacífico. Departamento académico de Economía y Centro de Investigación (CIUP).

Perú, de emisor a receptor de migrantes



Migrantes haitianos (2010-2013)



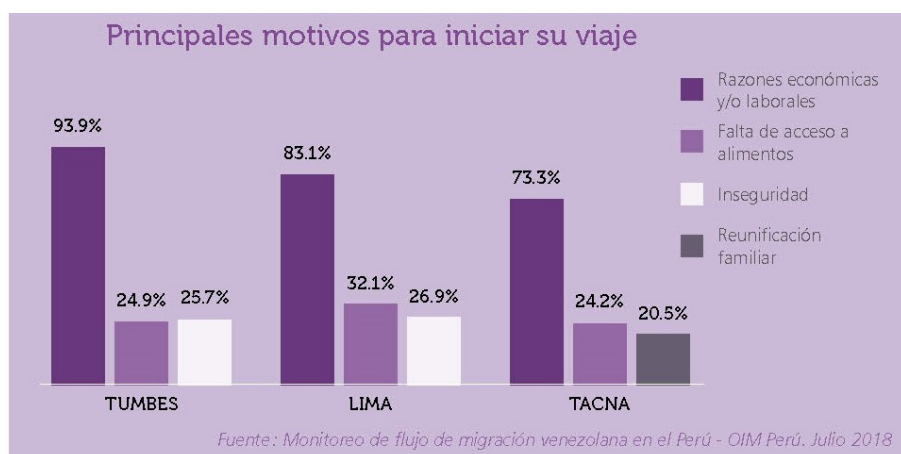
Migrantes venezolanos (2018)

La sociedad peruana está atravesada y configurada por el fenómeno de las migraciones. ¿Cuántas de las personas residentes en Lima no tienen un familiar cercano, originario de otra provincia de Perú?, o ¿cuántas de ellas no tienen relación con alguien que está viviendo en el extranjero?, y ¿cuántas personas de provincia conocen a alguien que haya salido a otros lugares en busca de una vida mejor? Muy pocas personas en Perú no han vivido, de una manera u otra, la migración de cerca.

Pero también es cierto que las migraciones son un fenómeno sumamente cambiante. Así, hemos visto en nuestro país cómo hace unas décadas lo fundamental era la migración interna, que tenía su origen sobre todo en el campo, en la sierra, y cuyo destino eran las ciudades, especialmente la capital. Posteriormente, en los últimos años del siglo pasado y el comienzo de este, vivimos un proceso de emigración muy fuerte. Las personas, por la situación que el país vivía en ese momento, veían necesario salir del Perú para progresar y, por ello, emprendían su viaje hacia otros países buscando un futuro mejor. En los últimos años, debido al crecimiento económico que ha experimentado el país, y los procesos de integración regional, hay una tendencia a configurarnos también como país de acogida y de tránsito para ciudadanos extranjeros.

Además, dentro de este proceso de convertirnos en un país donde residen cada vez más personas provenientes de otros países, también se han vivido diversas facetas. La primera se produjo con la crisis económica internacional de 2008. Durante esa etapa se trasladaron a residir a Perú fundamentalmente personas originarias de España y Colombia. Ambos países cuentan con facilidades para el acceso a la documentación requerida para la residencia y trabajo; en el caso de España, por el Tratado de doble nacionalidad; y en el caso de Colombia, por ser parte de la Comunidad Andina. Entre estas personas había un gran número de profesionales que fueron insertándose poco a poco en el mundo laboral.

Igualmente, durante estos años, vivimos un flujo importante de personas haitianas que transitaban por el país en dirección a Brasil, provocado especialmente por el terrible terremoto que vivieron el 12 de enero del año 2010. Ante el aumento del número de haitianos ingresantes, en el año 2012 se determinó la obligatoriedad de la visa para el ingreso al país. Esto tuvo como consecuencia un agravamiento de la vulnerabilidad en la que estas personas se encontraban al realizar su viaje para atravesar Perú.



Estos primeros flujos pusieron en alerta al Estado sobre el hecho de que las instituciones y la normativa no estaban adaptadas para recibir extranjeros, provocando que se comenzaran a tomar las

primeras acciones para abordar este tema dentro de la política pública. Así, ya en el año 2011, se creó la Mesa Intersectorial para la Gestión de las Migraciones, que depende del Ministerio de Relaciones Exteriores y agrupa a diversos sectores del Ejecutivo, y en la que también participa la sociedad civil. Se comenzó también a ver la necesidad de modificar la entonces vigente Ley de Extranjería, que era del año 1991 y que aún no contaba con reglamento.

Sin embargo, como ocurre en muchas ocasiones, en especial en relación a las migraciones, la realidad se adelantó a los cambios. Así, a partir del 2015 y, fundamentalmente, del 2016 comenzó a aumentar la llegada de personas provenientes de Venezuela que se veían obligadas a salir por la crisis que vivía dicho país. Por ello, a inicios del 2017 el Estado creó el Permiso Temporal de Permanencia, para permitir su regularización. Este mecanismo fue aplaudido por instituciones supranacionales que lo valoraron muy positivamente.

Actualmente, según datos de Migraciones, aproximadamente 353 mil venezolanos se encontrarían en Perú. De ellos, a junio de 2018, casi 52 mil cuentan con el Permiso Temporal de Permanencia (PTP) (15%) y 13 mil cuentan con calidad migratoria de Ciudadano Residente (3,8%). Además, según la Comisión Especial para Refugiados, hasta junio del 2018, casi 12 mil personas venezolanas habían solicitado asilo[1]. Estos números han hecho que el sistema se colapse y, a pesar

de los esfuerzos de las diversas instituciones por mejorar e implementar nuevas iniciativas que mejoren la respuesta, los plazos para conseguir la documentación se han ampliado mucho, generando mayores situaciones de vulnerabilidad.

En lo referente al perfil de la población venezolana residente en el país, tal y como refiere la OIM[2], el 65% cuenta con un nivel educativo superior, ya sea completo o incompleto, y dentro de ellos casi el 50% ha concluido estudios universitarios. Por lo tanto, se trata que en un alto porcentaje son profesionales, sin embargo, no pueden o tienen grandes dificultades para acceder a puestos acordes con dichas calificaciones.

Además, de las personas encuestadas en Lima Metropolitana para el mencionado estudio de la OIM, el 66% envían remesas a sus familiares y/o conocidos en Venezuela. Es decir, son personas que trabajan, en parte, para ayudar a solventar las necesidades de sus familiares que no han abandonado su país de origen. Este hecho les hace permanecer atentos a todo aquello que suceda en dicho territorio.

En cuanto a su barrio de residencia en Lima, de los encuestados, donde mayor número se agrupan son en los distritos de Los Olivos (11%), San Martín de Porres (9%), La Victoria (9%) Santiago de Surco (6%) y San Juan de Miraflores (5%).

Ahora, sí se puede afirmar que el número ascendente de personas venezolanas residiendo y trabajando entre nosotros nos ha hecho más conscientes de la necesidad de cambios estructurales para que las instituciones, tanto públicas como privadas, puedan atender las necesidades de dicha población. Por ejemplo, si bien el Reglamento de la Ley de Migraciones establece que el Ministerio de Salud tiene que hacer las gestiones necesarias para que las personas extranjeras, tanto en situación administrativa regular como irregular, tengan acceso al derecho a la salud, hoy en día, las personas venezolanas que cuentan con el PTP no pueden inscribirse al Seguro Integral de Salud ya que es necesario contar con un Carnet de Extranjería. El PTP no es suficiente. Y situaciones similares se repiten en diversos ámbitos de la vida cotidiana de las personas extranjeras.

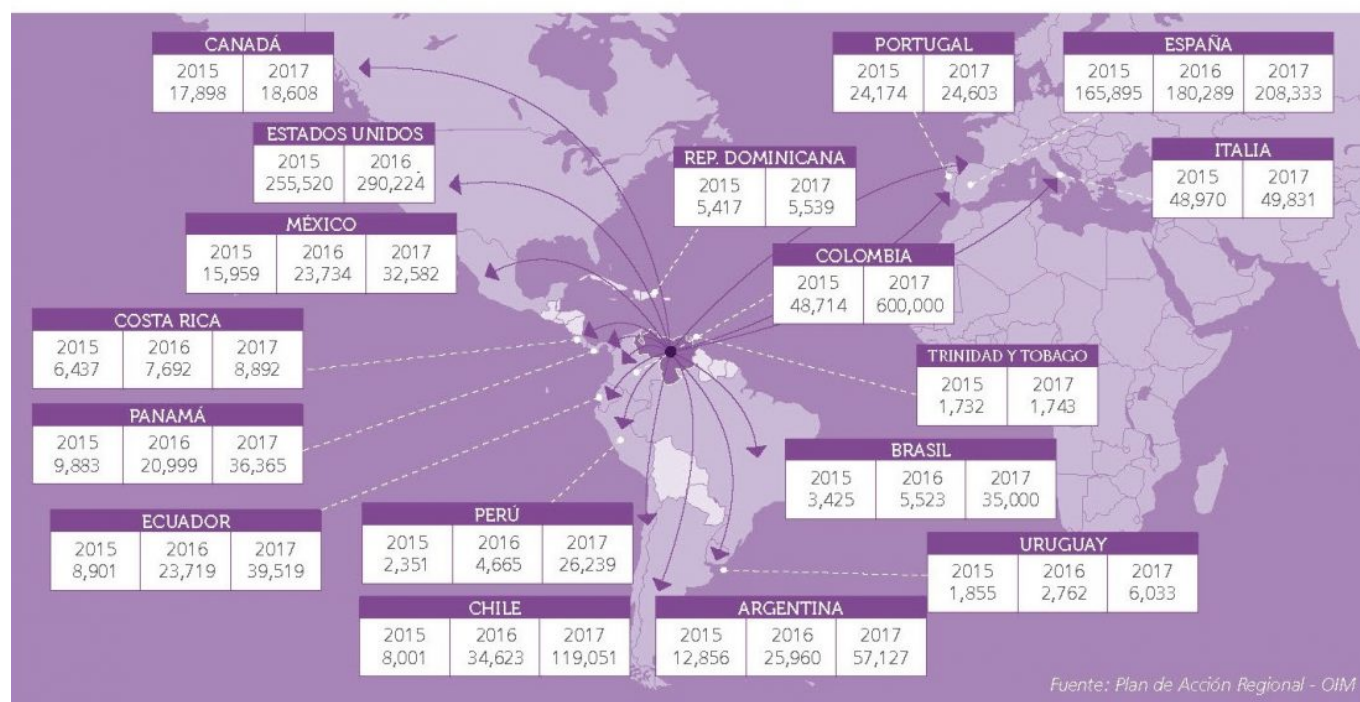
Además, vemos cómo se están incrementado las noticias que intentan promover el racismo y la xenofobia ante estas personas. Por ejemplo, cuando alguna persona de origen venezolano ha cometido algún delito, los periódicos resaltan su nacionalidad. Igualmente se va promoviendo la idea de que estas personas están copando el mercado de trabajo.

En este sentido es importante y necesario resaltar algunas cifras y compararlas con nuestros países vecinos. Actualmente, según los datos que se poseen, los extranjeros en Perú suponen, aproximadamente el 1,5% de la población en el país, mientras que en Chile son el 4,3% y en Argentina 7,8%. Por lo tanto, aún estamos muy lejos de alcanzar a algunos de nuestros países vecinos donde, además, nuestros connacionales residen.

En cuanto a la población trabajadora que se encuentra en planilla en el sector privado, a junio de 2018 los extranjeros suponen solamente el 0,7%. Este dato permite realizar dos afirmaciones. Por un lado, en cuanto al trabajo formal, aún hay un número muy escaso de personas extranjeras trabajadoras y, por otro, se intuye que, al igual que la población nacional, están insertándose en el sector informal de trabajo, sector donde el riesgo de la vulneración de derechos es mucho mayor.

Por lo tanto, frente a los rumores y las noticias tendenciosas que se van produciendo, es necesario promover investigaciones rigurosas y análisis de datos existentes que nos permitan desmontarlas. Esto con el fin de promover procesos de integración social positivos que permitan ir creando un país que, siendo aún más diverso, tenga una convivencia pacífica y sea cada vez más incluyente. Ojalá seamos capaces de mantener este espíritu de acogida que se ha vivido en el Perú frente a la llegada de venezolanos. Es importante lograr que, tanto la sociedad como el Estado, traten a los extranjeros que residen en Perú de la misma manera que nos gustaría que trataran a nuestros connacionales que fueron a otros países buscando una vida mejor.

Stock de población venezolana en países seleccionados



[1] OIM (2018) Matriz de Seguimiento del Desplazamiento OIM PERÚ. Julio 2018, en

https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/DTM_R3_FlowMonitoring_OIMPeru.pdf

[2] Ibidem.

Primavera 2018

Isabel Berganza Setién

Decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Directora de la Escuela Profesional de Derecho. Abogada y Socióloga por la Universidad de Deusto (España). Doctora por la Universidad del País Vasco (España).